

fortaleza que intenta retener, en sí, las palabras y metáforas consagradas, predestinadas.

Ataques y pugnas de poesía que lanza, contra las murallas y torreones de la pragmática enajenación consumista en desmadre, sus dardos de angustia e incertidumbre, la nostalgia montevidéana, impregnación caudal de tensiones. Entonces abren afortunadas brechas "la peligrosa flor de la memoria" y "la ligera voz de claro de bosque", el advertir que "la fugacidad está esperando a la puerta", la dolorosa percepción de que "un viaje puede ser la muerte/de que un viaje puede ser la vida", lo que condensa el dilema existencial del destierro. O alcanza emotiva plenitud en el poema VIII, que comienza con "jazmines perfumados de sangre" y desemboca "en las playas del bienamado Sur", atlántico y cuasi austral, agregado.

Un cierto surrealismo sirve de pentagrama a este cantar y decir rítmicos de Matilde Bianqui. ¡Cuán intrépida su factura, sin temor a chirriantes límites! La sonrisa se convierte en "un musgo atroz" y las noches se colocaron "dientes postizos". Logros los suyos al injertar expresiones titulares, ya con suelta frase tangera, la que el poemario encabeza, o bien mediante su "oficio de tinieblas" o bajo los auspicios de Pedro Salinas: "la voz a ti debida".

Pero algunas de las expresiones de lector aquí expuestas sólo aspiran a refrescar la vibrante incorporación de Matilde Bianqui a nuestros lares y a preguntarnos si Madrid sabrá cobijar tantas transidas añoranzas, y de especial manera las que se formulan con artístico empeño "para que no haya más pena ni olvido". ■ ANDRES NERJA.

Simplemente estar sentado

DIFÍCIL, sumidos en la ola de supuestos orientalismos que desde hace tiempo baña a ciertos sectores progres, separar el grano de la paja. Incluso sobre la práctica más radical, el zen, se han divulgado no pocas banalidades. Sin embargo, los no diletantes pueden de cuando en cuando profundizar en estos temas; así, viene a llenar un vacío el libro de Taisen Deshimaru (1), representante del zen/Soto.

Desde el siglo XIII existen dos grandes escuelas zen. La Rinzai trata de acceder al satori (iluminación instantánea, comunión cósmica... El término, como tantos, tiene difícil traducción occi-

(1) "La práctica del zen". Editorial Kairós, 1979.

dental) mediante la pulcra práctica, entre otras cosas del za-zen, o meditación sentada. El Soto entiende que el propio za-zen es ya satori; incluso que perseguir el satori es garantía de no encontrarlo nunca; za-zen, para Soto, es simplemente estar sentado en silencio, sin objeto.

Hay ramas zen que van aún más lejos, en el sentido de negar incluso la necesidad de ceremonia alguna. En Soto, la ceremonia no implica acatamiento de un Dios ontológico separado de la existencia cotidiana; el ceremonial es solamente símbolo, lo mismo que los gestos. Otra diferencia importante con Rinzai es que éste practica mucho el koan, especie de pregunta-respuesta absurda con arreglo a la lógica, pero que tiene como fin abrir otros poros de percepción en quien aspira al satori; Soto no desdeña el koan, pero hace más

ADIOS A LAS LETRAS

Poemas de Navidad

EN Madrid son muy entrañables las fiestas de Navidad, porque durante su transcurso presentan libros y uno puede comer, gratuitamente, albóndigas y turrón.

Las presentaciones de libros las inventó un fabricante de palillos de Vall d'Uxó, a quien le dio la idea Vicente Blasco Ibáñez. Nadie se acuerda ya de aquel fabricante de palillos, de nombre Vicente, por cierto, pero fue él quien contribuyó, en buena parte, a saciar el hambre ancha de los escritores españoles que antes no iban a nada y ahora van a cócteles.

El último cóctel de Madrid estuvo muy bien servido y fue muy cosmopolita, no porque haya ido Armas Marcelo, que es de Canarias, sino por que en él Enrique Badosa habló de Grecia y Rafael Montesinos se refirió a Dinamarca.

Pocas veces hablan los poetas de Dinamarca, quizá un poco cohibidos por aquello que dejó escrito Shakespeare una vez: "Algo huele a podrido en Dinamarca". A los poetas no les gusta citar ese país nórdico porque creen que ya no hay más olores que describir en aquel paraíso del patinaje sobre hielo.

Pero Rafael Montesinos, cuya antología poética presentaba Badosa en el cóctel citado, halló en Dinamarca el olor de la fama, y lo describió, muy emocionado, en el acto que reseñó. Estaba el poeta andaluz recitando su obra en Copenhague ("Copenhague no existe", dice Raúl Guerra, pero Montesinos insiste), cuando un español, entre tantos miles de españoles, le interpelló, se le acercó y le recitó, de memoria, unos versos suyos. Emoción grande la del poeta que se ve recordado.

Otro muy emocionado aquella noche de presentaciones de libros de Plaza y Janés, de donde Badosa es director literario, era José María Rodríguez Méndez, que a mí siempre me ha parecido un buen actor de sus obras de

teatro, aunque no sé si le ha dado alguna por aparecer de cuerpo y alma en escena. Rodríguez Méndez introducía ante el público lector su novela "Los herederos de la promesa". Rodríguez Méndez es un hombre muy cumplido y pidió disculpas a los novelistas del país (en el acto había alguno muy bueno, como Juan García Hortelano, entre los que distinguí por haber incurrido en su terreno, desde su tradición dramática incorruptible. Todos le disculparon, especialmente cuando él excusó a Larousse por haberle llamado dramaturgo y novelista

cuando la presentada el otro día era su primera novela.

Fue una "botadura de libros", como aseguró Badosa, pero faltaron algunos grumetes. Se presentó la novela "Cualquier día en la ciudad", del periodista Alberto Díaz Rueda, cuyas obligaciones profesionales en La Vanguardia le mantuvieron atado al duro banco de las galerías —las galeradas, más bien— de Godó. Badosa suplió su ausencia: la de Díaz Rueda, Premio Ciudad de Gerona de 1977 es la visión joyciana de un novelista muy prometedora "que ha debutado muy bien". Tampoco estaba José Manuel Caballero Bonald, cuya antología poética presentaba Badosa con ese verbo entre griego y latino a que nos tiene bien acostumbrados el poeta de "Mapa de Grecia" y "Dad este escrito a las llamas". Estaba de buen humor Badosa, y eso debe significar que algo debe andar bien por el país, porque este hombre siempre me ha parecido como un barómetro que detecta, en su humor, los altibajos más imperceptibles. Dijo que José Manuel, el escritor de Sanlúcar de Barrameda, no había podido asistir por razones ajenas a su voluntad. Sobre la marcha, claro, Badosa se dio cuenta de que había dicho un tópico y aclaró en seguida que no era tópico lo que afirmaba. Luego citó un verso de Caballero Bonald y definió lo que el autor de "Agata ojo de gata" tiene detrás de sus ojos claros: "Porque logré sobrevivir, lo escribo". Es cosa de generaciones. Gil de Biedma dejó escrito en un libro que se titulaba, me parece, "Poemas póstumos": "Yo me salvé escribiendo después de la muerte de Jaime Gil de Biedma".

Poemas para la Navidad, novelas para el fin de año. Ahora reposan, entre los turrónes, las albóndigas y los palillos. Yo, con fiebre, me apresto a brindar por ellos. ■ SILVESTRE CODAC.



hincapié en lo cotidiano, en el ademán, en sentarse sin más y dejar que la consciencia se vaya diluyendo y sintamos inconscientemente la interpenetración con lo cósmico.

El manual de Deshimaru es, por tanto, eminentemente un leve comentario de las diversas prácticas que rodean el hecho de *za-zen*. Incluye, además, algunos textos canónicos (de los siglos VIII y IX) aún vivos en las comunidades zen japonesas y hasta la fecha inéditos en Occidente. Como ocurre siempre con la literatura zen, una profundidad con sartas de leyendas ejemplares de maestros del pasado.

Deshimaru, sin fatigar al lector con enormes demostraciones filosóficas, llama nuestra atención sobre el hecho de que la última biología o la última física esté yendo hacia conclusiones que, de un modo u otro, Oriente hace



Taisen Deshimaru.

mucho que señaló. La ventaja del zen sobre el tronco ortodoxo del budismo es que, para el zen, es preciso asumir siempre, sintetizar las contradicciones: por tanto, no tiene sentido discutir si el

zen es espiritualista o materialista. Deshimaru explica aquí convincentemente, para lectores occidentales, el porqué de la postura *za-zen*, parecida al loto del yoga, de qué modo la respiración, al potenciar sobre todo la espiración, actúa sobre el organismo y le pone en disposición de percibir "más".

Zen, desde luego, no es misticismo. Al contrario, es cotidianidad. Está mucho más cerca de los pucheros de Teresa de Avila que de sus éxtasis con lanzas penetrándola. El sujeto, tal como lo entendemos, se desvanece en zen, como corresponde al mundo ilusorio según el budismo; sin embargo, no se anula, el satori no excluye lo ilusorio, todo es interdependiente. La vida del practicante de zen tiene que mudar, desde un estar viviendo ciegamente lo que se llama realidad hasta un ver de pronto qué irreal

es esa llamada realidad... para al fin volver a ver que la realidad es la realidad y seguir viviendo en ella sin pensarlo. Zen es un chasquido de dedos, tomar té, hacer lo que se hace: en suma, estar en lo que se está, de modo natural, inconsciente, aquí y ahora, sabiendo sin necesidad de reflexión que aquí y ahora forma parte de un todo. Vida y muerte son etapas, como las estaciones del año. "Ello" vive; no es que tú o yo estemos separados del Universo. No es una conciencia según los moldes occidentales, sino simplemente "eso" lo que escribe haikus como éste:

*"Sin dejar huella,
el pato se desliza por el agua.
Sin embargo, nunca olvida su
[camino]."*

■ MIGUEL BAYON.

CULTURA A LA CONTRA

El decenio que viene

CUANDO trato de ser realista, y proclamo a los cuatro vientos que todo va mal, y que todo irá a peor todavía, se me llama derrotista, pesimista y desesperanzado. Por desgracia, la realidad me da continuamente la razón. Y siguen matando chavales por las calles, y se restablece la censura en el cine —aunque haya perdido su nombre, y sea una censura más vergonzante y no menos vergonzosa—, y se prohíbe el derecho a manifestarse... A mí todo esto me recuerda décadas anteriores y negras; mucho me temo que vamos a caer de nuevo en el aburrimiento, en la grisura, en el vacío físico y moral que imperaba con nuestro papá Franco, que es también el papá de estos chicos que hoy nos gobiernan y nos mandan, y que encima dicen que nos "representan".

Andamos todos a vueltas con el decenio. Por lo visto, el paso de una a otra década es algo muy importante, fundamental. Pues bien: lo veo mal, el decenio que viene. Me temo que vamos a tener que volver a la militancia, a la lucha contra un estado de cosas que se está encabronando cada vez más. A preparar la guerra. O la huida a los mares del Sur, que puede ser bastante más gratificante. Yo ya me estoy sacando mi carnet de algo, para —cuando la cosa se ponga dura— saber dónde están los míos. Siempre he tenido tendencia a ser un pandillero, a lo mejor por el miedo que me dan los otros pandilleros. Pero el caso es que los años ochenta van a ser duros, muy duros. Si antes se hablaba del "descenso" —que no es tal, sino una sublimación e introyección de la represión—, ahora se va a

volver a hablar de la lucha, de las barricadas. Hasta que venga un santón, que desde luego no se parecerá a Jomeini, sino más bien a don Blas Piñar o a monseñor Guerra Campos, en todo caso, a meternos a todos en cintura. Bueno: pues otros cuarenta años de cuaresma, y la revolución esa siempre por hacer, y la vida siempre por cambiar, y el aburrimiento de una España que volverá a parecerse a un pesadísimo poema de Machado.

Claro, que seguirá habiendo "rock": una música cada vez más industrializada, cada vez más monótona e inflexible en su machaconeo. Una música que acompañará al paredón a los fusilados, y orquestará las explosiones y las mutaciones producidas por las centrales nucleares. Un "rock" cuyos representantes actuales se disfrazan de mutantes, de máquinas, de obreros especializados. Música mecánica que intenta hacernos creer en "el romanticismo de la máquina", y que se la debía haber inventado Marinetti. Y donde hay un Marinetti surge un Mussolini con toda rapidez, porque están en todo.

En fin: que nos esperen, otra vez, tiempos duros. Y más duros aún para quienes no estamos dispuestos a aceptar un nuevo paso atrás, porque vamos a tener que hacer cosas pesadísimas, vestirnos uniformes, encuadrarnos en organizaciones y partidos. Y luchar, cosa que a mí personalmente nunca me ha gustado, porque aborrezco cualquier tipo de acción, y lo que quisiera es que me dejaran en paz, leyendo los poemas de François Villon que acaba de reeditar Visor.

■ EDUARDO HARO IBARS.

TEATRO

"El Alcalde de Zalamea", en el Centro Cultural de la Villa

TRO clásico en escena. Lo cual quiere decir que algo se está intentando en este punto y que, de seguir así, si el público no

Fernando Fernán-Gómez.

